

lado y ensangrentado, caído sobre el polvo va á morir. . . . . Entonces invoca el socorro del Señor Jesus, y de su ángel de guarda.

El ángel, que velaba por él, se le aparece, é inclinado sobre él, entreabre la túnica del viajero, y toma de sobre su pecho el pan sagrado, diciendo al piadoso acólito: Yo rompo este pan en dos pedazos; come este, y voy á llevar el otro al ermitaño á quien tenias encargo de conducirlo. Mañana, los dos, fortificados por el alimento celeste, os encontraréis en el reino de Dios; él con sus virtudes y el mérito de sus largas austeridades; tú, con tu valor, tu fé y tu inocencia.

Un hecho contado por San Cipriano, prueba que en su tiempo existia el uso de conservar cerca de sí la santa Eucaristía, y demuestra cuán peligroso es aproximarse indignamente á este formidable misterio.

“Una muger, dice, por curiosidad ó por cualquiera otro causa, quiso abrir la caja, en que el *Santo del Señor* (*Sanctum Domini*) estaba reservado, y habiendo estendido sus manos profanas para tomarlo, fué arrebatada violentamente hácia atrás por un brazo invisible, y vió con gran terror salir del cofre unas llamas con un ruido semejante al estruendo de un rayo. Así la desgraciada, que despues de haber pecado no habia vuelto aún á la gracia de Dios, fué salvada de un sacrilegio.”

No solamente era guardada en las casas la santa Eucaristía, sino que lo llevaba en los viajes consigo el caminante. La confianza de los cristianos en este Sacramento de Sacramentos, era tan grande, que no querian separarse de él. Los hijos no se hallan á gusto, sino cuando el padre está en medio de ellos; los niños lloran cuando no ven á su madre.

Los obispos en los primeros siglos, tenian la costumbre, en señal de fraternidad y de union, de enviarse unos á otros el pan eucarístico; no solamente á aquellos de sus hermanos que vivian cerca, sino tambien á los ministros del Señor que residian en paises lejanos. Se ve por una carta de San Ireneo al papa Victor, que amenazaba escomulgar á los obispos de Asia, que no se conformasen con los usos de su Iglesia en la celebracion de la Pascua, pero que en este punto de disciplina, seguian la que decian haber tomado del mismo apóstol San Juan, fundador de las iglesias de Asia, donde habia muerto mucho despues que los otros apóstoles. En esta carta, queriendo San Ireneo inspirar al papa Victor los sentimientos mas pacíficos, le representa humildemente, que separándose así de la comunión de los asiáticos, se alejaria del ejemplo de sus predecesores, que habian sabido conservar buen acuerdo entre las dos santas iglesias de Dios, no obstante esta diferencia de disciplina, de que estaban bien informados, y que deseaban traer á la uniformidad. Añade en seguida: “Para probar la union de los corazones y de los espíritus, que reinaba entre

ellos y los obispos de Asia, les enviaban la Eucaristía, verdadero símbolo de union, y el mas perfecto que los cristianos pueden emplear para hacer ver que son hermanos (1).”

“Este envió no podia dejar de hacerse sino con grandes inconvenientes, sobre todo, en los tiempos de persecucion; por otra parte, aun despues que la Iglesia estuvo en paz, no podia ser manifestado este divino Sacramento, sino con grandes travesias y espuesto á molestos accidentes é irreverencias. Por esto el concilio de Laodicea, que fué celebrado á principios del siglo IV, prohibió esta costumbre.”

Pero como en esta costumbre habia un grande y buen pensamiento de union, siempre quedó alguna cosa de ella. En lugar del pan sagrado de la Eucaristía, los ministros de los santos altares se enviaron recíprocamente, en las grandes fiestas del año, los panes ordinarios que habian bendecido, y que nombraban *los eulogios* (manjar bendito), á causa de la bendicion que se les otorgaba por su plegaria.

San Gregorio Nacianceno habla de los *panes blancos marcados con una Cruz, que él tenia costumbre de bendecir*. San Paulino envió uno de estos panes á San Agustin, y otro á San Alipo, obispo de Tagaeta, escribiéndoles: “*Recibid en espíritu de caridad los eulogios que os envío.*”

Al presente todavía en nuestras ciudades, y especialmente en nuestros campos, luego que cualquier miembro de la familia por causa de enfermedad, no podia venir el domingo á la misa mayor de la parroquia, le llevaban sus parientes su parte de pan bendito, que estaba tambien marcado sobre su corteza dorada con el signo de la Cruz.

Escribiendo esto tengo una esperanza, y es, que hay muchos otros cristianos como yo, que gustan encontrar unidas junto á las costumbres de nuestros dias, las de los tiempos antiguos. Ayer, recibiendo un pedazo de pan bendito, en la pequeña iglesia de Chaumont-sur-Loire, he pensado en San Gregorio Nacianceno, y á través de los siglos, le he visto trazando la Cruz de Cristo sobre el pan que bendecia. El *credo* que se cantaba, y que tambien canté yo, estuvo igualmente cantado por él. . . . . ¡Oh, qué bueno, qué dulce es rogar con la oracion de sus padres! y ¡cuánto compadezco á aquellos nuestros hermanos, que se han separado de nosotros, y no tienen ya nuestro antiguo símbolo!

El hombre que habita bajo el techo en que nació, y que nada le atrae fuera del campo paterno, no puede decir con certeza, cuando ve el sol elevarse sobre su heredad: Yo vendré aquí á acostarme. Pero el viajero que atraviesa las tierras y los mares desconocidos, tiene todavía me

(1) Historia de los Sacramentos, vol. XI. pág. 215.

nós certidumbre de ver acabar el día que ha visto comenzar : así nuestros padres, ocupados de los peligros que se alzan bajo los pasos del hombre, á quien el deseo de adquirir la ciencia ó la fortuna, arrastra lejos del suelo natal, habían querido que el *cuerpo del Señor* lo acompañase en sus viajes : con su fé viva, con su ardiente piedad, era para ellos una salvaguardia todopoderosa contra los peligros, tanto del cuerpo como del alma, á que está frecuentemente espuesto cuando se encuentra separado de todos los suyos en tierra extranjera.

En uno de sus escritos cuenta San Ambrosio, que su hermano Satiro, que no era todavía mas que catecúmeno, encontrándose en el mar en medio de una horrible tormenta, viendo á todos los pasajeros cristianos que iban á bordo recibir la Santa Eucaristía, suplicó á uno de ellos le diese una parte del sagrado cuerpo de Jesus, no para comulgar como ellos, pues que aun no habia recibido el bautismo, sino para llevarlo sobre sí como una salvaguardia contra el furor de las olas. Lo pidió con tantas lágrimas, insistió con tanta fé, que su ruego fué escuchado, y le dieron un fragmento del pan consagrado. Despues lo hizo envolver en un lienzo (1) sobre su pecho, y lleno de confianza en el Dios que calma las tempestades, se arrojó al mar, no buscando tabla alguna, ni objeto cualquiera de los que vagaban al rededor del navío, para aproximarse y flotando sobre las olas : ; tan asegurado estaba por el socorro divino, por la prenda de salud que llevaba sobre sí.....! Su esperanza no fué engañada.

San Gregorio el Grande cuenta un hecho (2) poco mas ó menos parecido, en el tercer libro de sus diálogos. San Birin, obispo de Dorchester, á quien Honorio envió á la Gran Bretaña á predicar el Evangelio, recibió de este papa la palia, sobre la que consagró el cuerpo de Jesucristo, y en la cual lo envolvió él mismo, y la llevó siempre colgada al cuello. Esta costumbre se observa sobre todo en las islas Británicas. San Bonifacio la introdujo en Alemania ; ordenó en sus estatutos que los monjes no viajasen jamas sin la Eucaristía, y que los sacerdotes llevasen siempre consigo en el campo, el aceite de los enfermos, la Santa Crisma y el Sacramento del cuerpo de Jesus.

Los discípulos de San Columbano establecieron el mismo uso en Francia. Tenian costumbre de conservar en un vaso llamado *crismal*, una parte de la hostia, á la cual daban el nombre de *sacrificio*, y de llevarla con ellos en todas sus peregrinaciones.

Adalberto de Praga, segun encontramos en la historia de su vida,

(1) Un pañuelo. *Linteum abstergenda faciei destinatum.*

(2) Historia de los Sacramentos, por el P. Chardon. Vol. II, pág. 224.

que cuando se habia ofrecido el divino Sacrificio mandó recoger todo lo que quedaba, despues de comulgar él mismo y los nuevos bautizados, y habiéndolo envuelto en un lienzo muy blanco, lo guardó para servile de *Viático*, es decir, para llevarlo en los viajes que emprendia para la conversion de los paganos.

Este santo apóstol de la Hungría, la Polonia y la Prusia, sufrió el martirio en el siglo X. Comunmente en esta época se reservaba tambien la Eucaristía como el *pan del viajero* : de aquí el nombre de *Viático*.

Santo Tomás de Canotrbery, yendo á encontrar al rey Enrique II, para defender los derechos de la Santa Iglesia Católica, llevaba sobre sí el Sacramento *del Cuerpo del Señor*. Para no desmayar ante el ambicioso monarca ; habia querido tener consigo el Dios de los mártires !

El rey Roberto, de piadosa memoria, cuando se ponía en camino, hacia preparar siempre un carro cubierto, para llevar allí la tienda del divino ministerio, y luego que hacia mansion en alguna parte, se la bajaba, se preparaba y se depositaba allí el Cuerpo sagrado de nuestro Señor. *Deponeretur ibi sancta.* “ A fin, dice Helgod, monje de Fleury, de que perteneciendo la tierra al Dios que la ha criado con todo lo que la adorna, sea permitido al rey de ella rendirle por todas partes homenaje y adoracion.”

Luis IX al retorno de su primera cruzada, volvió á traer á Francia la Santa Eucaristía, que el legado nuncio del Papa le habia permitido llevar mas allá de los mares. Hé aquí lo que he encontrado escrito en la *Historia de San Luis y de su siglo.*

“ El navío en que navegaba el monarca, tenia á su bordo ochocientas personas, entre ellas muchos sarracenos bautizados. El hermano Hamón, caballero templario, mandaba la embarcacion. La reina, así como sus hijos, ocupaban todo el castillo de popa, en el cual se encontraba la capilla donde el legado habia permitido que fuese manifestada la Santa Eucaristía ; los religiosos tenian sus camarotes debajo del de la reina, y desde allí, muchas veces por día y muchas tambien por la noche, se elevaban sus cánticos sagrados, fervientes plegarias hechas por la Francia, que se volvía á ver, y por la Palestina de que se alejaban con la tristeza en el corazon.”

Parece que desde este tiempo, el privilegio de llevar ó de hacer llevar en viaje la Eucaristía, ha estado reservado al Papa : segun el Cardenal Bona, consta que á principios del siglo XVIII, cuando el Santo Padre emprendia un viaje fuera de Roma, existia la costumbre todavía de llevar el Santísimo Sacramento, magníficamente escoltado.

En el libro de las ceremonias romanas, se ve que el *Cuerpo del Señor* esta-

ba respetuosamente cerrado en una caja de madera de cedro, forrada de planchas de oro y sostenida por un prelado, que montaba un caballo blanco, ricamente enjaezado.

En los tiempos de que acabo de citar algunos usos, que atestan todos una fé viva y práctica, los caminos que seguia el viajero, los campos, los páramos, los matorrales, las florestas que tenia que atravesar, estaban lejos de poderle ofrecer los recursos colocados á su alcance hoy en todas partes; las grandes y pequeñas ciudades, las villas y aldeas, son en nuestros dias, para el católico alejado de su parroquia natal, posadas espirituales siempre abiertas; quiere decir, la casa de Dios, la casa de oracion. No es pues ya necesario, como otras veces, llevar consigo la divina Eucaristía. Para consuelo de los fieles, se encuentra en todos los tabernáculos, á fin de que todos, pobres ó ricos, felices ó desgraciados, puedan venir á rogarla y adorarla.

Acordémonos de nuestros padres, seamos creyentes como ellos; se les ha visto dejar sus paisés, abandonar su fortuna, separarse de sus madres, de sus mugeres y de sus hijos, para ir á visitar y venerar esta tierra cultivada por tantos milagros, y rociada con la Sangre del Redentor. Entonces el cristiano ferviente quiere conocer algun lugar ilustrado por un recuerdo, por un milagro, por un beneficio de los que cuentan los Santos Evangelios.

Entre todos aquellos valientes guerreros, que llevaban la Cruz sobre el pecho, y que habian hecho voto de rescatar el Santo Sepulcro, la mayor parte habian guardado el recuerdo de sus pasados extravíos, y querian que su fé y su valor obtuviesen el perdon.

Aquel que en su país natal habia en su juventud desertado de la casa paterna, al llegar á Judea, tenia prisa de ver la casa, de donde el hijo pródigo habia huido, para ir á lo lejos á disipar su patrimonio: queria sobre todo ver el umbral bajo el que el padre habia abrazado á su hijo arrepentido, sobre su corazon rebosando de alegría, y la sala del banquete donde se habia comido el ternero gordo.

Otro solicitaba se le mostrase el campo donde el Señor Jesus habia propuesto la parábola del buen pastor, y de la oveja extraviada.

Cuál deseaba besar el suelo sobre el cual habia escrito el Señor el perdon de la muger adúltera.

Quién se daba prisa por irse á sentar y reposar sobre la montaña donde el Hijo del hombre habia dicho: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.*

Todos querian ver las rutas y los senderos por donde le habia caminado

*haciendo el bien*, enderezando los cojos, volviendo el oido á los sordos, la palabra á los mudos, la vista á los ciegos y la vida á los muertos.

Todos corrian á prosternarse al establo de Bethlen, á la casa de Nazaret, al monte de los Olivos, y sobre las rudas asperezas del Calvario....

“Nuestros padres (1), visitando todos estos lugares, se sentian poseidos de una santa alegría; regaban esta tierra feliz con lágrimas de ternura y religion. Este espectáculo, estas imájenes, les aproximaban los tiempos, las acciones, los misterios de Jesucristo, encendian su ardor, consolaban su fé. Los pecadores encontraban allí una dulce confianza, los débiles una nueva fuerza, los justos nuevos deseos.”

Para encontrar todos estos recuerdos, todas estas emociones, toda esta confianza y estos deseos, no tenemos necesidad de ir tan lejos, de atravesar los mares, de abandonar nuestras familias y el suelo natal.... ¡La salud está muy próxima! Corramos á nuestros santos tabernáculos; abramos los ojos de la fé; miremos sobre nuestros altares, y allí veremos á Jesucristo tal como sus discípulos y sus apóstoles lo han visto, recorriendo la Judea, enseñando en los campos, predicando sobre la montaña, calmando la tempestad sobre las aguas, y revelando su misericordiosa bondad en todas sus acciones, en todos los milagros de su vida.

Hemos dicho en las primeras páginas sobre la santísima Eucaristía, que este Sacramento puede ser definido: *el Sacramento del Cuerpo y de la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, bajo las especies de pan y vino, instituido por el divino Salvador para ser el alimento espiritual de nuestras almas.*

Después de esta definicion hemos intentado relatar los consuelos, los beneficios, las celestes esperanzas que emanan de la Eucaristía sobre aquellos que la adoran con pureza, fé y amor. Hemos querido demostrar que la fuente de toda perfeccion en esta vida, que la garantía de nuestra eterna dicha en la otra, se desprenden de nuestros tabernáculos.

Ahora recordemos sobre este divino objeto alguno de los usos antiguos de la primitiva Iglesia.

En los primeros siglos llevaban los fieles por sí mismos su ofrenda ú oblation; la depositaban invocando el nombre del Señor sobre la mesa del altar, donde el pan y el vino debian ser consagrados. Los apóstoles prohibieron poner allí nada que fuera extraño á la celebracion del sacrificio, excepto, sin embargo, las espigas de la nueva cosecha, y las uvas primicias de la viña, el aceite para la lámpara, y el incienso para los perfumes.

El concilio tercero de Cartago (1) restringió estas cosas de la oblation

(1) Massillon. Pequeña cuaresma.

(2) El P. Chardon. Historia de los sacramentos, vol. II.

de los fieles, ordenando que en la celebracion de los misterios no se ofreciese mas que pan y vino mezclado con agua. En seguida se dió un reglamento para que aquello que estaba destinado á los clérigos, á los pobres y á las viudas, se ofreciese aparte antes de la misa, ó al menos antes de la lectura del Evangelio; y que lo que debiera ser materia del sacrificio, se ofreciera como de costumbre en la ceremonia que conserva el nombre de *ofertorio* ó de *oblacion*. “Se ha querido sin duda, dice el docto historiador de los sacramentos, restringir por este medio el abuso que se estaba introduciendo en este asunto, y cortar de raiz la vanagloria de aquellos, que por atraerse los aplausos de la multitud, hacian dones extraordinarios al altar, para tener la satisfaccion de oír pronunciar sus nombres por los ministros sagrados, con la enumeracion de los dones que ofrecian.”

San Gerónimo (1) escribia sobre esto, con una santa indignacion: “Vemos que los cristianos nada tienen de la humildad de su divino Maestro, que vienen á oprimir á los pobres hasta en las gradas del altar, ofreciendo á Dios y á los desgraciados con fausto y orgullo, el producto de sus rapiñas y de sus bribonadas.”

Hé aquí como se hacian estas oblaciones. Tenian lugar mientras que el coro cantaba los versículos del ofertorio. Los hombres venian primero, las mugeres en seguida, llevando todos su ofrenda de pan y de vino sobre un mantel blanco. El obispo recibia los dones que eran así depositados por un subdiácono en un mantel sostenido por dos acólitos. El arcediano, tomando el vino ofrecido en las vinajeras lo vertia en un cáliz grande, el cual despues de lleno debía ser conducido al altar.

Despues el obispo iba á sentarse en su sitial y se lavaba las manos, volvía al altar, se inclinaba, lo besaba, hacia una plegaria y recibia en pan solamente la oblacion de los sacerdotes y de los diáconos, que eran los solos que podian aproximarse al altar.

Tal era el modo con que se hacia entonces la oblacion. El arcediano en seguida, segun el órden romano, ponía sobre la mesa santa otro tanto de los dones ofrecidos, *oblata* que se necesitaba para la comunión del pueblo, ó bien los presentaba al obispo, que los ponía, y echaba el vino por medio de una coladera, en el cáliz que debía servir á la consagracion.

Un subdiácono iba á recibir del primer chantre la vinajera del agua, *fontem*, y la llevaba al arcediano que la vertía en forma de cruz en el cáliz que colocaba sobre el altar ante el Pontífice, á la derecha junto á las oblaciones (2).

(1) Ezequiel, cap. VIII.

(2) El P. Chardon. Historia de los sacramentos.

Los cristianos sucesores inmediatos de los apóstoles, recibían la Eucaristía despues de la *agapa* (1), hecha en comun á nombre del Señor Jesus: comida de caridad y de union, á la cual contribuían sobre todo los ricos, y á la que los pobres eran convidados. En la última pascua el hijo de Dios no consagró el pan y el vino sino al fin de la comida pascual; sus apóstoles no recibieron el Cuerpo y Sangre del Salvador, sino despues de haber comido su parte del cordero inmolado. Los primeros cristianos siguieron este ejemplo, y hasta despues de la *agapa* no comulgaban mientras el canto de los salmos.

Tertuliano describe así á los paganos estas comidas de la tierra, dignas de causar envidia á los bienaventurados habitantes del cielo. . . . “No se viene allí (dice) sino con el amor de Dios y del prójimo en el corazón; se asientan con modestia, y despues de haber dado gracias al Señor por los bienes que nos otorga, no se come mas que lo preciso para apaciguar el hambre, y se bebe tanto cuanto conviene á los cristianos que aman y quieren guardar la castidad. Se sacian de tal suerte, que se acuerdan que es preciso adorar á Dios durante la noche; y se ocupan de discursos de que se sabe que Dios es testigo. . . Se invita á cantar en alabanza del Señor algun cántico sacado de la Escritura santa. A la oracion termina el festin; no para ir á cometer homicidios, no para comer acá y allá y abandonarse al desarreglo, sino para estudiar el modo de vivir en la modestia y el pudor, de manera que mas parece que se ha venido á aprender á vivir honestamente, que á satisfacerse (2).”

Los israelitas comían en pié la pascua: tambien era de pié como los primeros cristianos comulgaban. Ved aquí el antiguo ceremonial.

Luego que llegaba el momento solemne de la comunión, un diácono desde la eminencia de una grada ó del coro alto, pronunciaba en altas voces estas pasmosas palabras:

#### SANCTA SANCTIS.

Las cosas santas, para los santos. Era esto dar á entender á los asistentes, que aquellos que no estaban puros no debían aproximarse á los tremendos misterios.

El celebrante comulgaba él mismo; en seguida los obispos presentes, despues los sacerdotes que habian servido de asistentes al santo sacrificio, despues los diáconos, sub-diáconos, clérigos, monjes, diaconisas,

(1) Comida que los primeros cristianos hacían en las iglesias. N. del T.

(2) Tertul. Apolog. Cap. XXXIX.